

“Desenfado andaluz, cordura vizcaína”: ciudades superpuestas en *Las dos fundaciones de Buenos Aires* de Enrique Larreta

Ezequiel Pérez¹

Resumen:

Las dos fundaciones de Buenos Aires de Enrique Larreta, muestra una construcción del espacio en el que se transfigura la materialidad de un pasado no concluido que, desde la particular lectura que realiza el autor, se repite en acontecimientos contemporáneos al momento de la escritura. Las dos fundaciones de la ciudad marcan diferentes formas de existencia en el presente de composición de la obra y en la naturaleza del ser nacional. Esa doble razón histórica-que Larreta distingue a partir de las dos fundaciones-determina el relato y configura una superposición de espacialidades que pueden agruparse bajo diferentes formas de acercamiento a su objeto: la ciudad colonial de las crónicas y los documentos, la ciudad literaria de sus contemporáneos y predecesores, la ciudad de la experiencia, etc. Por otro lado, esta lectura de la ciudad implica una reflexión sobre el fenómeno de la inmigración a comienzos del siglo XX y establece una serie de conclusiones que se desprenden de una ficcionalización del pasado colonial dirigida a dar respuesta a situaciones del presente. En este trabajo analizaremos la representación de la ciudad de Buenos Aires en la obra de Larreta teniendo en cuenta el contexto histórico en el que aparece el texto, la relación entre Buenos Aires y España y los fines que sustentan esta construcción del espacio urbano.

¹ UBA/Conicet

“Desenfado andaluz, cordura vizcaína”: ciudades superpuestas en *Las dos fundaciones de Buenos Aires* de Enrique Larreta

Introducción

Entre la década del 20 y la década del 30 la ciudad de Buenos Aires experimenta vastos cambios arquitectónicos, producto de la nueva oleada inmigratoria que se desarrolla en el país. La gravitación demográfica que implica la población inmigrante será objeto de reflexión de los escritores e intelectuales argentinos que tienen que dar cuenta de sus propias experiencias en una ciudad que se modifica constantemente (cf. Gorelik, 1988). Por otro lado, desde el punto de vista cultural, se abren nuevos espacios de intervención con el surgimiento de revistas y medios de publicación que comienzan a fines del siglo XIX y que encuentra su auge con la profesionalización de los escritores modernistas. Este dato no es ocioso, ya que nos remite a una nueva relación entre el escritor y su medio, a la vez que se desarrollan formas novedosas de escritura.

Sin embargo, este período también cobija a una vieja casta de escritores que todavía perduran en la Buenos Aires de principio de siglo y que establecen una relación con la literatura- y con su espacio- ligada a las concepciones de la generación precedente. Uno de los escritores más representativos de la época, Rubén Darío, reconoce la labor de los *gentlemen* decimonónicos que habían experimentado el cambio de siglo sumidos en el olvido. Estos señores que transitaban la modernidad como sujetos anacrónicos se muestran reacios a los cambios producidos en la ciudad y a las nuevas formas de experiencia. Como sostiene David Viñas, lo que liga a estas dos generaciones es su estirpe espiritual: ambas deciden mancomunarse en el arte y encuentran en este canal una elevación que los diferencia del resto².

Es en este sentido en el que nos interesa recoger la perspectiva de Enrique Larreta en *Las dos fundaciones de Buenos Aires*, texto publicado en 1933, preanunciando los festejos por el cuarto centenario de la fundación de Buenos Aires. Larreta es un claro representante de este quiebre que produce el cambio de épocas y aparece en la escena literaria nacional como un escritor desfasado con sus propios medios, incómodo en una ciudad que cambia demasiado rápido.

² Viñas plantea que Enrique Larreta y Ángel Estrada son “...quienes más se asemejan a los arquetipos del período anterior al prolongar la *genteeltradition*: grandes señores, su adscripción al grupo gobernante no necesita de ninguna formulación o adhesión especial...” (Viñas, 2005:18).

¿Cómo se convierten las sucesivas fundaciones de Buenos Aires-datadas en 1536 y 1556- en síntomas del presente de escritura? ¿Qué concepción histórica conlleva este desvío del origen hispánico que comporta las inmigraciones de principio de siglo XX? En nuestro trabajo nos proponemos develar las formas en que el pasado reaparece en la obra de Larreta para interpretar la nueva oleada inmigratoria y establecer un contraste con las modificaciones de la ciudad, estableciendo una mirada nostálgica sobre el presente y resistiendo, desde la escritura, a los cambios propuestos por la ciudad modernista.

Defender lo *hispano*

En 1929 Enrique Larreta es invitado a la inauguración del Pabellón argentino de la exposición de Sevilla. En su discurso de agradecimiento el escritor revela a la concurrencia sus argumentos para ligar la historia española con los nuevos procesos artísticos y políticos en América. Entre los beneficios del proyecto se encuentran:

...las posibilidades para la España nueva si se piensa en su comunidad de estirpe y de lengua con las jóvenes naciones que ella nutrió con su sangre más ardorosa, como el ave eucarística, abriéndose tantas veces el pecho (Larreta, 1943:122).

España se convierte en el motor de la historia americana, en su punto de origen y en su condición de posibilidad presente. Es, en primer lugar, un modelo social y moral, parámetro de construcción de la comunidad incipiente. A pesar del olvido de este origen, producto de los procesos independentistas, la clave, para Larreta, es recuperar – desde otra posición, con las ventajas del niño emancipado – ese lugar de tutela que ha perdido. Además, la importancia de esta identificación con la península reside en el lenguaje.

En su discurso, Larreta intenta establecer la genealogía que obliga a entablar lazos de parentesco con la península. Las naciones americanas que se encuentran en su estado de infancia:

no sólo reconocen lo que la deben, sino que la piden otra vez su espíritu animador y originario, único remedio contra bastardías de todo orden y, en especial, contra

cierto exotismo sin alma que nos trae la muerte de aquella admirable excelencia moral heredada de España” (Larreta, 1943:122).

Vemos aquí uno de los primeros parámetros desde los cuales conviene esta relación: la cultura española nos es intrínseca, la recibimos como una herencia moral, y escapa de cualquier amalgama y mestizaje con otras culturas. Línea directa de sangre, el lugar de madre que se había desnaturalizado un siglo antes, vuelve a recuperarse para corregir los errores en los que puedan caer las naciones jóvenes de Hispanoamérica.

La intención de Larreta es organizar un relato histórico que derive en la relación España-América como vínculo inevitable. El centro de su argumentación está en la pureza del vínculo y en la homogeneidad de su naturaleza: lengua, arte y política se emparentan en un modelo que une a estas dos naciones. De esta manera se concibe un modelo estético y político: lo heterogéneo se convertirá en objeto de crítica mientras que lo unívoco tiene como parámetro de surgimiento lo hispánico. Será a partir de la conservación de la tradición española que Buenos Aires podrá encontrar un modelo arquitectónico, político y artístico que vaya en consonancia con sus raíces históricas.

Enrique Larreta se convierte, de esta manera, en uno de los últimos exponentes de esa vieja raza de caballeros acomodados económicamente, fruto de una casta en baja. Representante de un modelo caduco, Larreta se aboca a la defensa del canon, a revitalizar las relaciones con la tradición y a presentarse a sí mismo como un engranaje con la generación precedente: una generación de semi-colonias que ha vivido los últimos años de la ciudad virreinal y que ve reflejado en los especímenes sociales americanos réplicas imperfectas de modelos europeos que podrían perfeccionarse con la reflexión y la ayuda de España.

Un escritor desacomodado de su tiempo y su lugar: Larreta, era previsible, reacciona ante los cambios de la ciudad de Buenos Aires con evidente desconcierto. Esta “cultura de mezcla”, como la ha denominado Sarlo (1988), no podía ser indiferente a Larreta. Sobre todo porque afectaba dos cuestiones que no estaba dispuesto a negociar: la lengua y la coherencia estética en las construcciones urbanas. Esta coherencia estaba determinada por la armonía de lo Uno, es decir, por la homogeneidad de sus representaciones y el estilo ligado a la estética española³.

³ Tras el fracaso de los proyectos urbanos de Sarmientos y Alvear, la ciudad fue tomando un cariz dual. Como señala Rocío Antúnez: “A comienzos del siglo XX comienza a delinearse la imagen de la ciudad partida en dos: de la Avenida de Mayo hacia el norte crece la ciudad burguesa, de construcciones suntuosas. Del sur, de La Boca y San Telmo, vienen las manifestaciones de protesta hacia el corazón de

La nueva experiencia urbana se sostiene en la multiplicidad de voces que surgen en Buenos Aires a raíz de las oleadas inmigratorias de fines del siglo XIX y principios del XX. Esa unidad lingüística que pedía Larreta se ve subvertida por la aparición del cocoliche, por la centralidad del lenguaje de los suburbios, un peligro inminente para un representante de la vieja tradición argentina, un *gentleman* que ha quedado a mitad de camino: su lugar es el de la infancia, el de la Buenos Aires de la Gran Aldea. La escritura le sirve a Larreta como medio de defensa ante el presente.

Como sostiene Beatriz Sarlo, el comienzo del siglo XX abre la posibilidad a un nuevo modelo de paseante: el *flaneur*.

Buenos Aires ha crecido de manera espectacular en las dos primeras décadas del siglo XX. La ciudad nueva hace posible, literariamente verosímil y culturalmente aceptable al *flaneur* que arroja la mirada anónima del que no será reconocido por quienes son observados, la mirada que no supone comunicación con el otro (Sarlo, 1988:16).

El paseante de *Las dos fundaciones* absorbe el espacio desde el pasado perdido, con la mirada atravesada por la diferencia con ese modelo previo:

Sería absurdo lamentarse ahora de que Buenos Aires no haya conservado el aspecto de otros tiempos. Sin embargo, se puede concebir una ciudad que hubiera sido como el desarrollo grandioso de la aldea de antaño. Se produjo la invasión “de todos los hombres del mundo”. Imposible que el inmigrante al enriquecerse renunciara a la arquitectura de su país (92).

Es un paseante entre épocas, que arrasa con el presente de la ciudad para traer un espacio pasado. Memoria de clase, escrita por sobre los cambios de la ciudad que se manifiesta como incógnita. Lo que Buenos Aires podría haber sido y no fue se convierte en el eje de sus preocupaciones e intenta encontrar el origen de esta tensión. El paseante se alterna con el moralista que compara y valora paradigmas. Por eso, la revisión histórica-literaria de las dos fundaciones de Buenos Aires le sirve para esbozar una lectura de los conflictos presentes en la ciudad. Por un lado, su mirada al pasado colonial facilita el esbozo de una genealogía; por el otro, le permite historiar el

momento inicial de un conflicto que se va a ver plasmado en la heterogeneidad de la ciudad de Buenos Aires del siglo XX.

La primera fundación: una ciudad de fantasmas

La primera fundación de Buenos Aires, en la obra de Larreta, da origen a una de las oposiciones que marcará la conformación de la ciudad a comienzos del siglo XX: centro y periferia se convierten en dos modelos de lectura y de construcción estética. La traspolación a la lucha entre civilización y barbarie es evidente. La Naturaleza se convierte, durante la primera fundación, en la amenaza latente que se cierne sobre la fortaleza. En primer lugar, el afuera invade el orden precario establecido por los españoles y logra rechazar la presencia de los conquistadores en esa primera incursión. En segundo lugar, ese desorden se traduce en dos flagelos que asediarán a Pedro de Mendoza y sus hombres: el hambre y la fiereza de los indios. Estos últimos no aparecen como sujetos, como un *otro* al que los españoles deben enfrentar, sino como parte de ese trasfondo salvaje y natural, hostil a los conquistadores:

Aquí la tierra defendióse con fiereza única. Los naturales no se dejaron intimidar, como en otras partes, por la novedad del caballo (vocación misteriosa) ni por el trueno de la pólvora (...) Además, los tigres llegan hasta el foso, hasta la empalizada, todas las noches (...) Esta comarca, que había de ser un día dehesa del mundo, acabó por arrojar de sí a los primeros conquistadores con el flagelo del hambre. (Larreta, 1943:38-39).

“Borrar lo actual” y remontarse al pasado es la tarea que se propone Larreta en *Las dos fundaciones*. Sin embargo, vemos cómo el espacio de lo actual convive con el espacio colonial en su texto: el peligro de esa conquista emprendida por Pedro de Mendoza estaba en el avance de la periferia sobre el centro, de lo salvaje sobre el fuerte emplazado a orillas del riachuelo. Al tono épico que le imprime Larreta a la primera fundación, le sigue la desproporción de la gesta: el autor se encargará de señalar el carácter quijotesco y literario de la incursión de Pedro de Mendoza.

La primera fundación de Buenos Aires está encabezada por espectros, fantasmas que vuelven de la muerte para advertir sobre los peligros de un entorno agresivo a la espera de filtraciones. Uno de ellos: el mismo Pedro de Mendoza, desfalleciente

personaje que trata de encontrar la causa de su fracaso en las falencias personales. El otro espectro: Joan de Osorio, condenado a muerte en las costas de Río de Janeiro, quien sería la causa del mal augurio de la expedición de Mendoza.

Fundación y fracaso: la consecuencia es la destrucción del fuerte, el avance de lo salvaje sobre el centro, de lo disonante sobre lo homogéneo. El orden sobrevive en el ímpetu de los conquistadores y la figura de Pedro de Mendoza re-significa el espacio y su fundación da nombre a la experiencia de Buenos Aires, la convierte en uno de los modos de la percepción estética que sostendrá Larreta. Quedará impresa en las fachadas de las casas que se irán perdiendo con el correr del siglo XX.

La segunda fundación: un olvido fundante

La segunda fundación de Buenos Aires marca el final de esa gesta heroica en donde los conquistadores ofrecen resistencia al entorno: “Se acabó la epopeya. Empiezan ahora el orden y el provecho” (80), señala Larreta sobre la tarea de Juan de Garay. A la fundación literaria y quijotesca le sigue el orden y el cálculo, el trazado de la ciudad, la administración pública de un territorio que hará frente a la Naturaleza y a lo exótico del espacio desde el control. La ciudad se construye hacia adentro, ya no hay apariciones de indios ni se menciona el hambre entre los padecimientos de los hombres. Antes que conquistadores, como lo fueron los hombres de Mendoza, la tropa de Garay se conforma de arquitectos, diseñadores, estetas que dan un sentido a la ciudad y asientan la cuadrícula que resistirá casi cuatro siglos después a los embates de la pluralidad de estilos y a la proliferación de edificios y avenidas durante los primeros años del siglo XX.

La alusión a la segunda fundación de Buenos Aires es mucho más escueta si la comparamos con el abordaje del período de Mendoza. No hay narración que se haga cargo de la expedición de Garay: ya no hay fantasmas ni personajes individuales más allá de Garay, desaparecen los misterios de los sobrevivientes y el plano literario del relato se recluye en la mera descripción de acontecimientos.

Es, sin embargo, en el silencio, en donde podemos encontrar los aspectos más interesantes del relato sobre la segunda fundación. Un “olvido” en Larreta se hace evidente: al señalar la población que llega con Garay a Buenos Aires enumera: “Acompañan a Garay muchos jóvenes criollos. Los españoles de la comitiva son gentes laboriosas y modestas” (79). Larreta no menciona el numeroso grupo de mestizos que

acompañó a Garay y que llevara, el 31 de Mayo de 1580, a producir una revuelta en Santa Fe conocida como “la rebelión de los siete Jefes”.

En el origen no podía prevalecer el mestizaje porque imprimiría con su exotismo e impureza el destino de la ciudad. Incluso estas consideraciones se extienden al carácter de Buenos Aires, a su construcción y disposición en el momento en que Larreta escribe: “El mismo mal gusto, sostenido con unidad y firmeza de estilo, puede llegar a ofrecer interés estético. La peor de las fealdades: lo heterogéneo” (93). Lo heterogéneo debe rechazarse en el proyecto arquitectónico de la ciudad de Buenos Aires, aunque predomine el mal gusto de algunos españoles.

Juan de Garay es el encargado del trazado de la ciudad, de la organización de un espacio que parecía resistirse a la incursión de la civilización en el territorio. El “olvido” de Larreta no es casual si nos atenemos a su intención evidenciada en el discurso: la tradición que recupera Larreta está construida en una continuidad sin matices, aceptar la presencia de mestizos en la fundación de Buenos Aires sería afirmar el origen bastardo de la misma.

La ciudad es un cúmulo de ciudades previas para Larreta, en donde la Buenos Aires de Mendoza coexiste con la Gran Aldea de su infancia, la ciudad virreinal y el caos de lo heterogéneo de la Buenos Aires moderna. Pero detrás de esas ciudades hay una directiva clara del autor ya presente en el discurso pronunciado en 1929: América debe ser una continuación de España, un territorio en el que se profundice el legado de los primeros conquistadores. En las dos fundaciones está el germen de ese parentesco.

Conclusión

Para Larreta, Buenos Aires se funda a partir de estas dos corrientes: por un lado el origen literario de la épica en Mendoza. Una fundación que se asienta en las peripecias de los conquistadores y que recurre a la tradición de la epopeya para señalar un origen heroico. Por otro lado la fundación mesurada de Garay que borra su origen mestizo para poner en primer plano la racionalidad vizcaína: “Las dos fundaciones, tan diferentes una de otra, habrían de dejarle para siempre a la ciudad doble sello. Su historia sería en adelante conflicto o concierto de esas dos cualidades. Desenfado andaluz, cordura vizcaína” (83).

Para concluir, podemos ver que esa convivencia de la España con los territorios americanos y, en particular, con la ciudad de Buenos Aires, se ve puesta en peligro con la aparición de otros actores sociales que quiebran con la tradición e imponen sus

perspectivas y estéticas a la ciudad. La heterogeneidad de la ciudad moderna es vista por Larreta con desagrado: el autor de *Las dos fundaciones* se convierte en un *flaneur* trunco, un caminante de una ciudad que escapa de sus apreciaciones y su entendimiento. Por eso borra el presente y se asienta en la memoria de lo que la ciudad fue, deja el camino para hablar desde la nostalgia y la pérdida de una Buenos Aires ya extinta.

Larreta traza un recorrido en el que las fundaciones de Buenos Aires funcionan como dos caras de una misma moneda: la pasión y el desenfado por un lado, la racionalidad por el otro. Estos dos ejes, sin embargo, comparten un origen: ambos fueron heredados por España. Por lo tanto, da cuenta de una tensión en la constitución del espíritu de la ciudad de Buenos Aires, pero estas tensiones se ven aplacadas por la lengua. De esta manera, Larreta marca la diferencia con el presente, en donde no se puede adivinar el origen o la pureza de esa nueva masa poblacional ¿Cómo hacer frente a la inmigración? La solución de Larreta es una mirada destructora del presente, una vuelta hacia la infancia, el momento en que la Gran Aldea se debatía entre el desenfado andaluz y la cordura vizcaína.

Bibliografía:

- Antúnez, Rocío, “El Buenos Aires del cuarto centenario: construcciones y miradas”, *Revista del Centro de Ciencias del Lenguaje*, n° 26, Julio-Diciembre de 2002, pp. 67-84.
- Fombona, Jacinto, *La Europa necesaria. Textos de viaje de la época modernista*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2005.
- Gorelik, Adrián, *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1998.
- Larreta, Enrique, *Las dos fundaciones de Buenos Aires*, Buenos Aires, Sopena, 1943.
- Sarlo, Beatriz, *Una modernidad periférica, Buenos Aires 1920 y 1930*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.
- Viñas, David, *Literatura argentina y política. II De Lugones a Walsh*, Buenos Aires, Santiago Arcos, 2005.